

La esquila

PERSONAJES:

VÍCTOR: Unos 35.

JAVIER: Unos 35.

LAURA: Veintipocos. Camarera.

Interior día. Amplia cafetería. Huele a desinfectante. Es el típico día festivo y el establecimiento acaba de abrir después de una noche ajetreada. Ésta puede ser la razón de que haya un único cliente, Víctor, elegantemente vestido, sentado en una de las mesas del centro, mirando hacia el público, pero con la vista fija en una pila de folios, que va leyendo con atención. Toma notas y, en ocasiones, subraya con bolígrafo rojo aquello que le parece más llamativo. Sobre la mesa, una cerveza a medio consumir, un par de libros sobre una bolsa de plástico y el periódico del día, doblado.

Al fondo, una barra y tras ella, una camarera que despaciosamente va secando vasos, colocando botellas, depositando las vitrinas sobre la barra y, bajo ellas, la bollería, preparándose para la que se prevé una larga y tediosa jornada de trabajo.

Entra por el segundo derecha Javier, sin afeitarse, desastrado, con abrigo, bufanda y guantes. Nervioso, camina hacia la barra del fondo pero sin llegar a ella echa una ojeada y ve a Víctor, así que cambia de dirección y se dirige hacia él. De una mesa de al lado coge una silla y se sienta mirando al público. Está un poco sudoroso y en ocasiones parece como si se hablara a sí mismo.

La acción, en época actual.

JAVIER: Hombre, Víctor, si ya estás aquí. ¡Qué madrugador!

VÍCTOR: ¿No habíamos quedado a las once? No son ni las nueve y media.

JAVIER: Tío, es que me encontraba fatal. Creo que tengo algo de fiebre.

VÍCTOR: Ya.

JAVIER: Llevo una semana con un mal cuerpo que ni me tengo y, para colmo, hoy, que podía quedarme un rato más en la cama, toda la noche sin poder pegar ojo, dándole vueltas a qué será, nervioso, como con náuseas, mareos. Así que me he tirado de la piltra y me he venido para acá.

VÍCTOR: *(Mirando los folios, sin hacerle mucho caso)* ¿Fuiste al médico?

JAVIER: El martes. Y volví ayer, viernes, porque seguía igual de mal. La doctora no me dio nueva medicación y me dijo que me tranquilizase, que hasta el miércoles no tendré el resultado de los análisis.

VÍCTOR: ¿Análisis?

JAVIER: De sangre y orina. Y me tomó la tensión. Pero nada, que no da con lo que me pasa.

VÍCTOR: *(Siguiendo escribiendo, sin hacerle mucho caso)* Ya.

JAVIER: Yo creo que no me toma en serio. Quizá debería pedir una segunda opinión. No sé si acercarme hasta urgencias en el ambulatorio central. Hay médico las veinticuatro horas del día.

VÍCTOR: *(Le mira por primera vez).* ¿Una segunda opinión?

JAVIER: *(Balbucea).* ...Sí.

VÍCTOR: ¿Cuántas veces has ido al médico este mes?

JAVIER: *(Como contando)*. Dos esta semana... tres... cuatro... ¿cuentan los especialistas?

VÍCTOR: *(Muy serio)*. Cuentan.

JAVIER: Entonces, seis.

VÍCTOR: ¿Y a qué día estamos?

JAVIER: A once.

VÍCTOR: Entonces quizá sí que sería conveniente tener una séptima opinión.

JAVIER: No me tomas en serio.

VÍCTOR: ¿Tú te tomas en serio?

JAVIER: Estoy fatal.

VÍCTOR: ¿No te habrás contagiado de la nueva gripe A?

JAVIER: Calla, calla, no mientes la bicha. Cambiemos de tema porque lo de la gripe A esa me pone los pelos de punta. Y es la A, que siempre está por delante de la B y de la C...

VÍCTOR: Y luego la formulita: hache uno ene uno.

JAVIER: ¡Ahí estás tú! Vaya cuatro dígitos. Fíjate que me coincidían los dos primeros con el número secreto de la Visa y me pensé lo peor. No me atrevía ni a sacarla de la cartera. Además, era de piel de cerdo y como también hay gripe porcina. Pensaba que era todo una confabulación y que venía a por mí.

VÍCTOR: Hache uno ene uno.

JAVIER: Suena a tocado y hundido. Se me corta la respiración.

VÍCTOR: Y luego las noticias de México, con esos nombres: influenza, tapacaras...

JAVIER: ¡Eso mismo pensé yo! ¿A que asusta?

VÍCTOR: No. A mí me parecía gracioso. Hay que ver la riqueza del castellano.

JAVIER: Tú riéte y lee tranquilamente el periódico, que el día menos pensado... ¿Qué lees?

VÍCTOR: Noticias sobre enfermedades. Un asco.

JAVIER: ¿Por qué?

VÍCTOR: Porque las leen gente como tú y no me extraña que colapsen la Seguridad Social y los hospitales.

JAVIER: Hombre, no será para tanto.

VÍCTOR: Tú mismo. *(Le enseña una libreta y luego va pasando las páginas)*.

JAVIER: Chico, no sé, sí que es grande la lista.

VÍCTOR: ¿Qué te sugiere?... Tú lees esto y ¿qué es lo que tendrías que hacer?

JAVIER: ¿Que qué tengo que hacer?

VÍCTOR: Un testamento vital. Para dejar claro cómo y cuando quieres que te den el pasaporte, por si se te agravan alguna de estas enfermedades que dices que tienes y que no terminan de salir.

JAVIER: No te pases, no te pases, que a mí estas cosas... *(Toca madera)*.

VÍCTOR: ¿Tú de qué año eres?

JAVIER: Del setenta y tres.

VÍCTOR: Pues lo tienes crudo, crudo. No te salva ni Dios de por lo menos... *(ojea la libreta)*... de unas dos páginas de esta lista.

JAVIER: *(Asustado)*. ¿Por qué lo dices?

VÍCTOR: Porque tus padres tiraron tu cordón umbilical a la basura en el paritorio, en vez de haberlo embotado en un frasco de mermelada. Y ahora tendrías una reserva de células madre que te pasas.

JAVIER: Si es que ya lo dice la Biblia, nacemos condenaos, nacemos condenaos...

VÍCTOR: Unos más que otros, ¿eh?

JAVIER: Lo de la genética es la bomba. Al final acabaremos sabiendo hasta la fecha de la muerte y de qué va a ser. Al tiempo. Yo es que oigo hablar de los síntomas de cualquier enfermedad y me noto que los tengo todos.

VÍCTOR: Bueno, eso es como los horóscopos de los periódicos. Aciertan siempre. No te fastidia, con frases como “Tus relaciones sociales están algo abandonadas”, “complejidad emocional para hoy”, “posible disgusto sentimental”, “se pospone un encuentro familiar”... Leches, si tienes veinte parientes y ves hoy a cuatro, es de cajón que un encuentro familiar se ha pospuesto; si no tienes novia, estás disgustado; y si la tienes, seguro que alguna bronca te cae, porque con las mujeres...

JAVIER: *(Que no ha escuchado nada de lo que ha dicho Víctor)*. Pero hay síntomas y síntomas, y algunos son más evidentes que otros. Un amigo enfermero me prestó un manual para que me lo fotocopiara. ¿Sabes como les llaman? Marcadores. Todas las enfermedades tienen marcadores y la cuestión es detectarlos para anticiparte, si es que tiene cura, claro.

VÍCTOR: O con los pronósticos del tiempo. Siempre, siempre, ponen: “Temperaturas en evolución”. Nunca dicen si va a subir o bajar, siempre es “en evolución”. Y claro, como no están quietas, siempre salvan el pronóstico.

JAVIER: He tenido que dejar de ver *House*, no te digo más. Para mí era como una película de terror. Cada semana un caso nuevo y yo toda la noche sin pegar ojo, pensando en las posibles coincidencias.

VÍCTOR: *(Se vuelve hacia él)*. Eso está bien. Deja de ver la televisión yo creo que alarga la vida. Menos tele y más leer.

JAVIER: Yo leo mucho, y eso que dicen que te produce luego vista cansada y problemas en la columna.

VÍCTOR: *(Le mira)*. Vista cansada tengo yo y sólo llevas conmigo diez minutos. ¿Tú lees mucho?

JAVIER: El Planeta todos los años. Es que coincide que lo sacan cuando mi cumpleaños. Y más cosas.

VÍCTOR: Sí, los prospectos de los medicamentos.

JAVIER: No hombre, no fastidies. Hay cosas muy majas por ahí. Ahora estoy con la biografía de Leticia. En mi casa somos todos muy monárquicos.

VÍCTOR: *(En voz alta, sobresaltándole)*. ¡Ahí está el problema!

JAVIER: ¿Qué problema?

VÍCTOR: ¡El tuyo! Tienes anorexia.

JAVIER: ¿Anorexia?

VÍCTOR: Inducida, o escondida, o abducida... Piénsalo bien. *(Se le acerca para interrogarle)*. ¿Qué tal comes?

JAVIER: *(Asustado)*. Como siempre, bueno, un poco menos. Estos días es que no estoy para nada.

VÍCTOR: ¿Cuánto mides?

JAVIER: Uno setenta.

VÍCTOR: ¿Y pesas?

JAVIER: 84 kilos.

VÍCTOR: *(Le mira fijamente un par de segundos y luego se recuesta de nuevo en la silla)*. Entonces no.

JAVIER: *(Suspirando de alivio)*. No, claro. Anorexia, imposible.

VÍCTOR: *(Para asustarlo)*. ¿Y bulimia?

JAVIER: Tampoco, ya te digo que estoy un poco inapetente estos días.

VÍCTOR: ¿Y las trasaminasas? ¿Y la bilirrubina? ¿Y la idiosincrasia? ¿Y la inferencia?

JAVIER: *(Nervioso)*. Me dan los análisis el miércoles.

VÍCTOR: *(Se levanta, se quita la chaqueta, se sienta y abre el periódico)*. Entonces, no hay que preocuparse. Lo que el ADN diga, Dios dirá.

JAVIER: Creo que me voy a pedir algo.

VÍCTOR: Sirven en mesa. Pero hazle una señal a la de la barra. Aquí dice una cosa muy interesante sobre el incremento de la edad media de la población. No es que haya más enfermedades ahora, pero como llegamos más a viejos, nos pasan más cosas. Antes a la edad de tenerlas ya estábamos muertos.

JAVIER: Claro, claro. Ya me lo dejarás para leerlo.

VÍCTOR: Por eso hay tanta osteoporosis. *(Sigue leyendo)*.

Javier, sin que se note mucho, se mira las manos por debajo de la mesa, se las toca, como comprobando la calidad de sus huesos.

JAVIER: A esas edades avanzadas, todo son achaques. La de caderas que van rompiéndose las mujeres a partir de los setenta. Y los hombres también...

VÍCTOR: A lo mejor es que a ti te ha llegado ya la tercera edad aunque sólo tengas treinta y cuatro.

JAVIER: ¡No seas mamón!

VÍCTOR: No sé por qué protestas. Hay que ver cómo viven los viejos hoy día, por mucho que se quejen. Vacaciones con el Insero por cuatro duros, cursos de ocio y tiempo libre a todas horas, programas de balnearios que te pasas... Por cierto, deberías mirar lo de un balneario en vez de pensar tanto en el “todo incluido” en la República Dominicana. O mejor, hibernáte como los osos en vez de darme tanto la paliza.

JAVIER: Quién pudiera.

VÍCTOR: ¡Qué dices!

JAVIER: Pues eso, que quién pudiera. Con la llegada del otoño, te metes en tu cama calentito y a dormir. Hala, seis meses tranquilito, sin aguantar a nadie en el trabajo, ni a la familia, ni nada.

VÍCTOR: *(Lo mira fijamente)*. No fastidies.

JAVIER: ¿No fastidie qué? *(Nervioso)*.

VÍCTOR: No me digas que has llegado a pensar en lo de invernar.

JAVIER: Digo que estaría bien.

VÍCTOR: Leches, si eso es síntoma clarísimo de depresión.

JAVIER: ¡Qué dices! *(Se empieza a poner nervioso, a acalorarse)*.

VÍCTOR: Lo que oyes. Si te entran como ganas de no salir de la cama es que estás a punto de tener una depresión de caballo.

JAVIER: ¿De verdad?

VÍCTOR: Lo leí el domingo pasado, en un suplemento dominical.

JAVIER: Tío, no sé que decirte. *(Sudando, se quita el abrigo y lo deja detrás de la silla. Se seca el sudor de la frente con la bufanda, que no se la quita)*. Porque lo cierto es que llevo tiempo en que no estoy bien. Voy a pedirme un té.

VÍCTOR: Llámala, que a mí es como si no existiera. *(Javier levanta el brazo y hace un gesto a la camarera, que se lo devuelve)*.

JAVIER: Pero la depresión que tengo no explica el malestar general.

VÍCTOR: Hay mucha gente que somatiza todo. ¿No te habló de la depre la médico de cabecera?

JAVIER: Para nada. Pero a ver si va a ser eso. Creo que me voy a ir a urgencias hoy mismo. En el hospital atienden de maravilla, con mucho tacto, lo sé porque lo he experimentado cuando pensaba que la pupa en el labio podía ser cáncer de laringe y me aclararon que no.

VÍCTOR: Tú pregunta si hay urgencias psiquiátricas, que seguro que sí.

La camarera, que ha visto el gesto de Javier y, con parsimonia, ha cogido la libreta y se ha acercado hasta la mesa.

LAURA: Buenos días, ¿qué desea?

JAVIER: Un té. Con limón. Bien calentito (*La camarera lo apunta en una libreta. Javier se dirige a Víctor*). ¿Tú que quieres tomar?

LAURA: (*Sorprendida*). ¿Yo?

JAVIER: No, éste.

LAURA: ¿Quién?

VÍCTOR: Pídeme otra. (*Señala su vaso*).

JAVIER: Pues un té con limón y una cerveza.

LAURA: ¿Se va a tomar un té y una cerveza a la vez?

JAVIER: ¿Cómo dice?

La camarera hace un gesto de extrañeza y se va. Javier se la queda mirando.

VÍCTOR: ¿Qué te he dicho? Como si no existiera.

JAVIER: Entre la gripe y lo de Kyoto, no hay quien viva.

VÍCTOR: Cálmate y vamos a analizar tus síntomas. ¿Has sentido nauseas matinales? (*Gesto afirmativo de Javier*) ¿Los tobillos un poco hinchados? (*Javier hace un gesto del estilo "ahora que lo dices"*) ¿Y como una cierta opresión en los pezones?

JAVIER: (*Asustado, tras una pausa larga*). ¿Por qué lo dices?

VÍCTOR: Enhorabuena. Estás embarazado.

JAVIER: ¡Vete a freir puñetas!

Se levanta de un salto, momento en el que la camarera le mira fijamente. Él se da cuenta y vuelve a sentarse.

VÍCTOR: Sí, sí. Cosas más raras se han visto.

JAVIER: ¡Qué tonto eres!

VÍCTOR: Mira la Anne Igartiburu. Dicen que en realidad es tu tío. O esa atleta sudafricana que ha ganado todo y ni sabía lo que tenía. Que pasa mucho. Uno de cada mil casos, o sea, que muchos, es gente que nace hermafrodita, pero con uno de los sexos escondidos. Luego se hacen mayores y salen todas altas y guapísimas, y se hacen supermodelos.

JAVIER: ¡Pero qué me estás contando!

VÍCTOR: Media pasarela son tíos y algunas ni lo saben. El caso es que las que sí lo saben se operan en la adolescencia para quitarse los testículos, que son minúsculos y los tienen metidos en el estómago desde que nacen, y son unas pedazo de tías impresionantes. Aunque el cromosoma es XX y cambiar eso imposible, ni que cantes ni que bailes. Eso sí, son estériles. Si quieren niños, tienen que adoptarlos.

JAVIER: ¡Qué cosas!

VÍCTOR: Claro que tus náuseas pueden ser de cualquier cosa. Veamos: dices que estás desvelado. ¿Sientes escalofríos?

JAVIER: Sí.

VÍCTOR: ¿Pasas como del frío al calor sin motivo aparente?

JAVIER: También.

VÍCTOR: ¿Te pones a sudar de repente, sin ningún motivo real, como sería ver a tu ex novia con 15 kilos de más o soñar que a tu jefe lo han botado del trabajo?

JAVIER: Más o menos.

VÍCTOR: No sé qué decirte. Los síntomas coinciden con la menopausia.

JAVIER: ¡Mira tío, si sigues así me largo! *(Se levanta enfadado pero ve venir a la camarera y vuelve a sentarse).*

VÍCTOR: Chico, te veo fatal. Ya no es que estés malo, es que están perdiendo los nervios. Te tendría que haber tocado aquel médico del chiste: ¡Amigo mío, según los síntomas que describe, y si este manual no miente, usted está muerto!

Llega la camarera, con la bandeja. Víctor aparta un poco los periódicos y folios al sentirla. Ella deja las dos bebidas junto a Javier.

LAURA: El té muy caliente. La cerveza, fría.

JAVIER: Tenga. *(Le entrega un billete).* Cobre también la cerveza de antes.

LAURA: ¿Qué cerveza? Es una caña y un té.

La camarera le devuelve dos monedas y se marcha. Javier la mira anonadado.

JAVIER: Ya tienes razón. Como si no existieras. Como si fueras transparente.

VÍCTOR: Y eso que es de las que parece que ve el aire...

Javier saca del bolsillo un sobre de azúcar, lo rasga y lo echa en su té.

VÍCTOR: ¿Qué haces?

JAVIER: Tomo azúcar moreno, de caña, dicen que es más sano que el de remolacha, sin aditivos.

VÍCTOR: ¿Quién lo dice?

JAVIER: Lo dicen.

VÍCTOR: ¿Lo recomiendan nueve de cada diez dentistas?

JAVIER: Dicen que es un proceso de refinado menos industrial, más natural.

VÍCTOR: ¡Ja!

JAVIER: ¡Ja! ¿qué?

VÍCTOR: Y te fías. ¿Te fiaste también cuando te dijeron que la mantequilla era malísima, grasa animal a tutiplén y que acababas con el colesterol por las nubes y a punto de infarto? Claro que te fiaste. Y luego, ¿qué?

JAVIER: ¿Qué?

VÍCTOR: Llevas años atiborrándote de margarina. Margarina vegetal. *(Pone voz como de anuncio).* “Aligera tu desayuno. Extiende una suave capa de margarina, un poco de mermelada diet y a vivir cien años”.

JAVIER: Dos tostadas en el desayuno. ¿Qué problema hay?

VÍCTOR: *(El mismo tono seductor).* “Con aceites vegetales parcialmente hidrogenados”. *(Cambia el tono, a uno de terror).* Grasas trans. ¿Tomas margarina desde hace mucho?

JAVIER: De siempre. Y Cola Cao.

VÍCTOR: Pues lo mismo has firmado tu sentencia de muerte, chaval. Por lo visto, ahora salen que es una bomba de relojería en tu organismo. En Dinamarca las han prohibido. Mira, mira. *(Le extiende el periódico)*.

JAVIER: *(Lo rechaza)*. No bromees con estas cosas.

VÍCTOR: Pues te leo: más o menos cogen los aceites, los meten en el laboratorio y les cambian la composición, cambian de sitio un átomo de hidrógeno y consiguen hacer medio sólido el aceite líquido, además de que el producto tarda más en pudrirse. Así, “producen una grasa legal, barata, inútil y dañina”. Tú la compras porque te dicen que es vegetal y porque se extiende más fácil que la mantequilla de toda la vida y ¿qué haces? *(Le mira a Javier)*. Te envenenas en pequeñas dosis: “aumenta el colesterol malo (LDL), *(se vuelve)*, demonios, que mal suena eso de “ele de ele”, es como el RIP de las lápidas. *(Sigue leyendo)*. “Reducen el colesterol bueno (HDL)”. *(Con sorna)*. Lo ves, si es que hasta las siglas te tranquilizan: hache de ele. Te dicen hache de ele y como que te animas, te dicen *(acento terrorífico)* “ele de ele” y te cagas de miedo. Sigo leyendo: “suben los triglicéridos”, atento a tus análisis, Javierito, los triglicéridos, que como su propio nombre indica, son tres glicéridos, no uno, tres, para fastidiar más a fondo. “Y finalmente, las grasas trans promueven la inflamación y perturban el endotelio arterial”. Aguántalo. “Endotelio arterial”. Me temo que lo tienes que tener hecho polvo.

JAVIER: *(Hablandose solo)*. Desde los 12 años el mismo desayuno. ¡Santo cielo! Y mi madre diciendo que hay que desayunar como un rey para llevar una vida sana.

VÍCTOR: Es lo que hay, la madre te da la vida y la madre te la quita.

JAVIER: O sea que la margarina...

VÍCTOR: Eres una víctima de las multinacionales. Y ojo que no lo dice cualquiera, ¿eh?, lo del endotelio arterial lo recalca el New England Journal of Medicine. *(Recalca la última palabra)*. Me-di-ci-ne. A mí me podrás quitar la razón, pero al Journal... Mira: Dinamarca acaba de poner un límite del dos por ciento a cualquier alimento: margarinas, bollería industrial, las palomitas... ¿Comes palomitas?

JAVIER: *(Con cara de pánico)*. Pero voy poco al cine.

VÍCTOR: Eso te ha salvado, por el momento. Por lo que dice aquí, los cinéfilos están todos con un pie en el otro mundo. *(Hablando para sí)*. Leches, ahora que caigo, por eso que está bajando a puñados el número de espectadores.

JAVIER: Es para matarlos. Grasas trans.

VÍCTOR: Hombre, lo único bueno es que las toman también los ricos. Ya sé qué tienes que hacer. En vez de esperar hasta el miércoles a los análisis, coge hoy mismo un avión y exíliate en Dinamarca. Además, entrarás en el Guinness. Serás el primer exiliado nutricional del mundo. El bio-exiliado.

JAVIER: Estoy que no te aguanto una gracia más.

VÍCTOR: Hombre, por fin una noticia medio buena. Del sida. Que baja el número de contagios.

JAVIER: *(Da un respingo)*. Tío, esas cosas ni las mientes. Son palabras mayores. *(Se seca la frente con la bufanda, se mira los brazos y se pone la mano en la frente como para medirse la temperatura)*.

VÍCTOR: ¿Te habrás hecho las pruebas? Para estar más tranquilo, digo.

JAVIER: *(Sorprendido)*. No.

VÍCTOR: Pero hombre, ¿para eso vas dos veces por semana al médico?

JAVIER: *(Asustado)*. Yo...

VÍCTOR: Yo, yo...

JAVIER: Yo ni prácticas de riesgo, ni de las otras. Nada de nada.

VÍCTOR: O sea, tú con los obispos.

JAVIER: A ver. Qué remedio. Si supieran cómo está el panorama, ni se molestarían en sacar encíclicas. Y, aunque tuviera oportunidad, estoy tan bajo de...

VÍCTOR: Vale, vale, no he dicho nada. Pero si el otro día te sacaron sangre yo que tú llamaba y pedía que me ampliasen las pruebas. Y que también me miraran los biorritmos, que nunca se sabe.

JAVIER: *(Hablando para sí)*. Pues lo mismo llamo el lunes.

VÍCTOR: Y el corazón.

JAVIER: Por ese lado ningún problema. Siempre me dicen que está perfecto.

VÍCTOR: Imposible.

JAVIER: ¿Cómo que imposible?

VÍCTOR: ¡Que somos del Athletic!

JAVIER: ¡Qué gracioso estás hoy!

VÍCTOR: A ver si eres celíaco sin saberlo.

JAVIER: ¿El té tiene gluten?

VÍCTOR: *(Ya enfadado)*. El limón debe de tener un huevo. Pero mejor, no te mires nada. Pasa de tus neurias y vive la vida.

JAVIER: Qué fácil es decirlo.

VÍCTOR: Ya sabes el dicho. El mejor remedio para el dolor de cabeza es un buen martillazo en un dedo.

JAVIER: Vale, vale.

VÍCTOR: Y si te agobias, date un paseo por el hospital pero mirando a la gente en los pasillos y verás que hay otros peor que tú. Y si no te convence y quieres seguir viendo gente desgraciada, te vas mañana domingo al ayuntamiento o a la iglesia a ver cómo se casan las parejas y les compadeces. Ya veras como todo te duele menos. Y, por último, que ya me estás hartando: si te toca, te toca. Así que déjate de gaitas. Y, si no, mírame a mí.

JAVIER: ¿A ti? ¿Por qué a ti?

VÍCTOR: ¿No has visto el periódico?

JAVIER: No.

VÍCTOR: *(Se lo lanza)*. Página sesenta y cuatro.

JAVIER: ¿Qué pasa en la página sesenta y cuatro? A ver. Son todo esquelas. *(Da un bote)* ¡Leches! ¿Si estás tú!

VÍCTOR: A ver, como que me he muerto.

JAVIER: ¡Qué dices, ababol, pero qué dices! ¡Pero qué broma macabra es esta! ¡Por Dios! *(Descompuesto, tira la silla al levantarse y grita)*. ¡Estas cosas son intolerables!

VÍCTOR: ¡Ya me gustaría, ya, que fuese una broma!

LAURA: *(Desde la barra, ha levantado la vista del periódico que ojea)*. ¿Le pasa algo?

JAVIER: *(Murmura, de pie)*. Víctor Samuel.... Sus apenados padres... tíos, primos... ¡La virgen!... Los funerales... ¡en tu parroquia! Viene tu nombre, el de tus padres... Vamos, me pasa esto a mí y los denuncio. ¡Como hay Dios que les pongo una denuncia!

VÍCTOR: Lo que me tienes que poner es una corona en el nicho el lunes, en vez de acampar en el centro de salud, que los crónicos se creen que trabajas allí.

JAVIER: ¡Pero qué dices, hombre, qué dices!

VÍCTOR: Que me he muerto. De pronto, sin preaviso, sin un mal dolor. Sin tiempo a preparar nada. Y con el coche sin terminar de pagar, que vaya lío. Y a ver cómo sacan mis padres los diez mil euros que tengo en ING, si no saben ni encender el

ordenador. Y eso si se enteran de que los tengo. Y mi hermana que quería que el viernes la acompañara al concierto. Es que me va a matar si la vuelvo a dejar plantada. ¡Pero qué digo, si estoy muerto, cómo me va a matar! ¡Si es que me estás volviendo loco, Javierito, me estás volviendo loco y todavía no he pisado el purgatorio!

JAVIER: ¡Tú estás grillao, hombre, tú estás grillao! *(Se pone a andar nervioso, como un mono en su jaula).*

VÍCTOR: Hala, vete a casa a cambiarte y ponte corbata, que parece que has estado toda la noche de juerga. Y en el tanatorio hay que guardar las formas.

JAVIER: *(Se pone en pie).* ¡No sigas por ahí, hombre, que no sigas por ahí!

VÍCTOR: Y llórame un poco, a ver si dejas de pensar tanto en ti por una vez.

JAVIER: ¡Me largo, que te den! ¡Que no me van estas coñas!

Javier tira el periódico sobre la mesa, coge su abrigo y se va. Víctor dobla bien el periódico, recoge los folios y los guarda en la bolsa de plástico en que ha traído los libros. La camarera, sonriente, se le acerca con la bandeja en las manos.

LAURA: ¿Acabaste el listado de males?

VÍCTOR: Más o menos.

LAURA: Y con él, ¿cómo ha ido?

VÍCTOR: A saber. Con el hipocondrías éste nunca sabes cómo acertar.

LAURA: ¿He estado bien?

VÍCTOR: Estupenda. Una actriz de categoría. Desde luego, en este país tenemos el servicio de hostelería más empapado de Stanislavski del mundo. ¡Qué derroche de talento!

LAURA: Pues a ver si cae algún papel pero bueno un día de estos.

VÍCTOR: Yo te hubiera dado un papel protagónico en mi vida. Sobre todo, en mi vida sexual.

LAURA: No eres mi tipo. *(Sonríe).* Ni me va la necrofilia.

VÍCTOR: Te va más el “agonías”. Lígatelo y ahorrarás un huevo en medicinas. Su casa parece un dispensario de la Cruz Roja.

LAURA: Tampoco es mi tipo.

VÍCTOR: Si esto fuera un casting, tendrías trabajo seguro. Has estado muy bien, muy natural. Se ve que sabes improvisar. Gracias y cóbrame la cerveza de antes. *(Se pone el abrigo y le da una moneda).*

LAURA: ¿Ahora tienes prisa?

VÍCTOR: Sí. Hoy y mañana tengo todo el día tanatorio. *(Le guiña un ojo).* Es un palo aguantar a la familia en plan lloriqueos, pero es lo que toca. Como cae en fin de semana, no me hacen la conducción hasta el lunes. *(Se dirige hacia la puerta).*

LAURA: ¿Oye?

VÍCTOR: ¿Qué?

LAURA: ¿Cómo hiciste para que te publicaran la esquila?

VÍCTOR: Como todos. Pagando. *(Pausa).* Palmándola y pagando. A ver si no de qué.

Sale. La camarera se lo queda mirando un poco extrañada. Se vuelve para recoger la vajilla de la mesa y observa, sorprendida, que sólo hay un vaso de cerveza y la taza de te. Coge el vaso, lo mira, se vuelve hacia la salida y mira de nuevo el vaso mientras se hace el

OSCURO